

peto de los tratados de Viena, que acababan de violar ellas mismas con la supresión de la república de Cracovia. El consejo federal rechazó la amenaza con gran tesón, porque sabía que sin el consentimiento de Inglaterra se guardarían muy bien de tocar al territorio de la república, y que jamás lograrían tal consentimiento mientras Palmerston dirigiese la nave del estado inglés. Según el principio fundamental de lord Palmerston en política extranjera, el aliado más poderoso de la Inglaterra en el continente era la consideración que merecía á los pueblos liberales, porque á ellos pertenece el porvenir, y para merecer y conservar esta consideración era indispensable que Inglaterra se opusiera con decisión á toda extralimitación de los gobiernos absolutistas. Esta política aislaba á la Inglaterra de los demás gobiernos y le imponía, de consiguiente, la mayor prudencia y cautela, por cuya razón se limitó el gabinete de Londres á enviar como ministro residente cerca del presidente de la república helvética á Roberto Peel, hijo del célebre estadista del mismo nombre, para que hiciera presente de una manera ostensible al jefe de la república la alta consideración del gobierno inglés, ya que los representantes de las demás potencias observaban una actitud fría, y le ofreciera, además, la mediación de su gobierno. Esta, sin embargo, no fué admitida por parte de los cantones católicos, excitados por Austria y Francia á mantenerse firmes. En tales circunstancias el parlamento federal, al reanudar en 24 de octubre sus tareas legislativas, mandó poner sobre las armas 30,000 hombres á las órdenes del general Dufour y rechazó las concesiones que ofrecieron hacer los cantones del Sonderbund, al cual se intimó que se disolviese. Entonces los cantones católicos, aterrizados, invocaron el auxilio de las potencias firmantes del congreso de Viena. Guizot las invitó, muy diligente, á una mediación colectiva, y el rey de Prusia, lleno de entusiasmo, ofreció su palacio de Neufchatel, de cuyo cantón era soberano, para la reunión de los diplomáticos. Palmerston decidió no tomar parte en semejante congreso, pero no se negó abiertamente á ello, á fin de dar largas al asunto y dejar tiempo al gobierno suizo para reducir á los cantones rebeldes á la obediencia. Por esto, dice Haussonville, avisó bajo mano á Dufour que apresurase sus operaciones, si bien este general, en su relación (1) de esta corta campaña, dice terminantemente que procedió sin sujetarse á ninguna influencia extraña, ejecutando simplemente las órdenes de sus superiores. El 14 de noviembre las fuerzas federales ocuparon el cantón de Friburgo, y diez días después también el de Lucerna, con lo cual concluyó la guerra civil antes de que las potencias ni sus diplomáticos hubieran tenido tiempo de intervenir, porque ocupados los dos cantones y el de Zug, tuvieron que rendirse también los otros cuatro, Schwitz, Uri, Unterwald y Vaud, que todos recibieron gobiernos liberales. Los jesuitas fueron expulsados de toda la Suiza, y aunque el gobierno inglés aconsejó la moderación, el federal rechazó la nota colectiva de las cuatro potencias continentales fechada en 18 de enero de 1848, en la cual declaraban que no considerarían á la Suiza en situación normal interin no hubiese restituido á los cantones vencidos su completa independencia. Además, el gobierno federal pidió en París el relevo del representante francés Bois-le-Comte, y sin hacer caso del rey de Prusia impuso al cantón de Neufchatel una multa de 300,000 francos por haber desobedecido las órdenes federales. En esto sobrevino la revolución francesa de 1848 y sus imitaciones en Alemania, que permitieron á la Suiza reorganizarse en Estado federal y democrático en 12 de setiembre de 1848, habiendo sido hasta entonces solo un conglomerado flojo

(1) Dufour, *Campagne du Sonderbund*, pág. 78, publicada en 1876.

de cantones independientes regidos por una mezcla variable de principios democráticos y de principios aristocráticos representados por las familias patricias. El parlamento tradicional, ó comisión legislativa y ejecutiva, fué reemplazado por un parlamento federal compuesto de la representación nacional y un consejo nacional que juntos nombraban un consejo federal permanente, como poder ejecutivo. La ciudad de Berna fué elegida para capital permanente del gobierno federal, y el cantón de Neufchatel arrojó de su territorio las autoridades prusianas para no reconocer en adelante más autoridad suprema que la federal.

El resultado de todo este asunto fué la derrota moral del absolutismo y de sus representantes y defensores, y bajo este punto de vista la campaña de Suiza puede considerarse como un encuentro de avanzadas de las dos grandes corrientes, la liberal y la absolutista. Palmerston había devuelto con intereses á la Francia, á su rey Luis Felipe y á su ministro Guizot la deuda que con él habían contraído en la corte de España; porque haber podido someter catorce pequeños cantones suizos á siete rebeldes, apoyados por dos potencias como el Austria y la Francia, sin contar la Prusia y el Piamonte, y haber podido transformar la república helvética su organización política interior independientemente de todo el mundo, en el sentido de la unificación fundada en principios democráticos, fué un suceso que dió moralmente al traste con la fe en la solidez de los gobiernos y principios absolutistas; fué un soplo refrigerante que desde los Alpes penetró en la atmósfera del régimen vetusto de los gobiernos por la gracia de Dios; y así lo comprendió Metternich al fin y al cabo diciendo: «Este golpe es mortal, resistamos cuanto podamos, pero yo desespero del éxito.»

La derrota del Sonderbund dió á los italianos una confianza sin límites en la victoria de sus ideales. El primer soberano que se dejó llevar por la corriente, cada vez más impetuosa, fué el rey Carlos Alberto de Cerdeña; la contienda interior que tanto tiempo había estado atormentando su alma mística, empezó á desaparecer. La envidia de verse suplantado por el papa Pío IX en el papel de porta-estandarte del movimiento nacional y progresista de la patria italiana, desvaneció los escrúpulos religiosos que le habían hecho titubear hasta entonces entre las corrientes opuestas que agitaban á su patria y al mundo civilizado. Tan irresistible se hizo el movimiento que cedieron á él los reaccionarios más petrificados que rodeaban á Carlos Alberto, como su ministro de la Guerra Villamarina, que había prohibido á los oficiales del ejército toda lectura fuera de la de las ordenanzas, y que dominado por el presentimiento de nuevas y grandes transformaciones, se reconcilió con las ideas modernas reformadoras.

Metternich, queriendo echar mano de su antiguo recurso de intimidación, aumentó la guarnición de Ferrara, en 17 de junio de 1847, con 800 croatas; y con el pretexto de que la palabra plaza incluía también la ciudad, hizo ocupar, además de la ciudadela y de los fuertes, algunos puntos de la población, con lo cual solo consiguió aumentar el odio nacional de los italianos contra el Austria. Por lo pronto, la noticia de esta medida hizo que tomasen cuerpo los rumores de una conspiración de los partidos gregoriano y sanfedista protegidos por el Austria, contra la vida del papa. Pío IX, que como la mayoría de los cardenales era adversario del Austria, sintiéndose además impulsado por la agitación general de toda la nación italiana, protestó solemnemente contra la solicitud y protección no solicitadas que mostraba el Austria al reforzar la plaza de Ferrara. El rey Carlos Alberto, por su parte, dió también señales inequívocas de buen italiano rompiendo por primera vez su acostumbrado silencio y escribiendo

al congreso agrícola reunido en Casale, que si la Providencia decidiera que la Italia hubiese de apelar á las armas para conquistar su independencia, montarían á caballo él y sus hijos y se pondrían á la cabeza del ejército. Esta declaración pública ganó al rey de una vez la confianza de la nación. Poco después, el 10 de octubre de 1847, anunció el rey toda una serie de reformas cuyo solo anuncio extasió á todo el pueblo piamontés.

Desde Roma y el Piamonte se comunicaron el entusiasmo y la agitación patriótica liberal á toda la Italia sin que lo pudiesen impedir las precauciones tomadas por algunos gobiernos ni las concesiones insuficientes hechas por otros, como la guardia nacional que otorgó el gran duque de Toscana á la ciudad de Liorna, á consecuencia de una petición suscrita por innumerables firmas. El entusiasmo produjo hasta una tentativa en el sentido del plan de Gioberti, es decir, de formar una federación de Estados italianos bajo la presidencia del papa, empezando por una unión aduanera italiana, para la cual se firmó en 3 de diciembre un convenio preliminar entre el papa, el rey de Cerdeña y el gran duque de Toscana. La idea quedó en proyecto, porque los demás Estados no quisieron tomar parte en la unión propuesta, pero no por eso dejó de producir un grande efecto moral. En la misma Lombardía y en Venecia, bajo el dominio del Austria, se fué manifestando cada día más el odio contra los dominadores extranjeros; las mujeres italianas, nobles y plebeyas, rompieron todo trato con los austriacos, aun con los militares de mayor graduación, y para herir al odiado imperio en sus intereses materiales, su punto más sensible, se abstuvo todo el mundo de jugar á la lotería austriaca y hasta de fumar, atendido que la venta del tabaco era monopolio del gobierno.

Con fecha del 2 de agosto de 1847 remitió Metternich una nota á las cuatro potencias en la cual el gobierno austriaco se reservaba la libertad de acción respecto de la tendencia á formar una Italia unida é independiente, diciendo entre otras cosas lo que ya había dicho en 1814: «Italia no es más que un nombre geográfico; la península se compone de Estados soberanos independientes uno de otro y cuya existencia y límites descansan sobre principios de derecho público internacional.» Pocos días después hizo notar al gobierno francés que acaso había llegado el momento de poner por obra lo convenido secretamente en el mes de marzo, y Guizot, tan adversario como Metternich de la unidad é independencia de Italia, se apresuró á acceder á los deseos del canciller, dando las órdenes oportunas á los representantes de la Francia para que el de Turin disuadiere al rey de toda política ambiciosa y le dijera que de seguirla no podía contar con el auxilio francés, y el embajador cerca del papa empleara todo su talento é influencia para hacer comprender á Pío IX la necesidad de vivir en paz y buena armonía con el Austria como potencia á la vez católica é italiana. Viéndose Metternich tan bien apoyado, dió otro paso más, firmando un tratado con los duques de Parma y Módena por el cual estos dieron al Austria el derecho de ocupar ambos territorios militarmente siempre que lo juzgara oportuno. Para esto aprovechó la disputa que entre estos dos ducados se suscitó, respecto de algunas cesiones territoriales que el gran duque de Toscana debía á los citados ducados por haber incorporado á la Toscana el ducado de Lucca, cuyo duque Carlos Luis había heredado, por derecho de terciogenitura, de la dinastía borbónica española, el ducado de Parma, á la muerte de la ex-emperatriz María Luisa, ocurrida en 17 de diciembre de 1847, cambios previstos y arreglados por el congreso de Viena de 1815 y las adiciones hechas en 1817.

Á medida que se iba estrechando la intimidad entre los go-

biernos de París y Viena, observaba Palmerston atentamente todo cuanto hacían, decidido á no permitir, como no había permitido en Suiza, que en Italia procediesen estas dos potencias católicas á su capricho. Palmerston, que no era tan revolucionario ni tan democrático como suponían sus adversarios, solo trabajaba para asegurar á la Inglaterra la posición que ocupaba en el consejo de las naciones, para castigar al gobierno francés por su perfidia y para evitar, por medio de concesiones prudentes y oportunas, una guerra europea á que podían dar lugar los sucesos de Italia. Con esta misión envió á lord Minto á la península apenínica para animar al rey de Cerdeña en el camino emprendido de las reformas útiles, en frente del lenguaje casi amenazador del gabinete de Viena, y robustecer igualmente en Florencia y en el Vaticano los propósitos liberales.

Desgraciadamente, el pueblo italiano había llegado á un punto de excitación tal que era tan peligroso emprender una carrera de reformas como negarlas en absoluto, bastando la menor ocurrencia imprevista para inflamar el combustible acumulado. El golpe tuvo efecto en la isla de Sicilia.

Ningún país había cambiado de mano, desde tiempo inmemorial, tantas veces como esta isla feracísima. En su organización interior el feudalismo había adquirido, desde el siglo XIII, una preponderancia enteramente desproporcionada; los dueños verdaderos del país eran los barones, que tiranizaban al pueblo y limitaban el poder del rey. Bajo el régimen napoleónico fueron suprimidos todos los privilegios y derechos feudales, supresión que se apresuraron á confirmar los Borbones cuando en 1815 regresaron y volvieron á ocupar el trono, pero poco ó nada mejoró con esto la condición de la población rural bravera, víctima de los grandes propietarios. Las clases más instruidas tenían otros motivos para odiar de muerte al régimen absolutista, y muchísimo más desde que el gobierno había despojado á la isla de su autonomía á consecuencia de los horrores cometidos por el populacho en 1836 con el pretexto de matar á los propagadores presuntos del veneno cólico. Con este motivo pensó el gobierno unificar la administración y la organización de todo el reino, como ya lo habían intentado hacer con malísimo éxito los constitucionales en el año 1820. El rey, hombre enérgico y activo, pero ignorante, rudo, que miraba con aversión á toda persona más instruida y de más talento que él, y sobre todo á sus propios servidores cuanto mejor cumplieran sus órdenes, aficionóse cada día más á gobernar autocráticamente. Habiendo castigado, en otoño del año 1847, una insurrección frustrada de Mesina con el excesivo rigor de costumbre, perdió el pueblo á ambos lados del estrecho la esperanza de obtener la menor concesión de este soberano, y los liberales de Nápoles se entendieron con los de la isla, asegurando á estos en caso de salir victoriosos la autonomía de Sicilia. Para dar un golpe definitivo, y sin ocultar sus trabajos, fijaron para el levantamiento de Palermo el 12 de enero, cumpleaños del rey, y á la letra cumplieron su programa. Apoderáronse de la ciudad y resistieron al fuego que durante dos semanas hicieron contra ella la ciudadela, la escuadra y las fuerzas que esta había desembarcado. La junta revolucionaria rechazó todas las concesiones que el gobierno ofreció, porque quería ante todo una constitución liberal é independiente de Nápoles. Exhaustas las tropas, tuvieron que reembarcarse y repasar el estrecho, pero el 4 de febrero de 1848 la fortaleza y la escuadra renovaron el fuego, y entonces se interpuso entre ambas y la ciudad un buque de guerra inglés, y lord Minto, que iba en él, arregló á solicitud de ambas partes un armisticio que concedió á la guarnición la retirada libre; y toda la isla, con excepción de algunas plazas marítimas ocupadas por las fuer-

zas del rey, reconoció al gobierno provisional organizado en Palermo bajo la presidencia del anciano Rogerio Settimo.

En Nápoles estaba, entre tanto, tan madura la revolución que á cada instante se temía el estallido, y para impedirlo mientras fuese tiempo, el rey Fernando II prefirió conceder voluntariamente lo que quizás al cabo de una hora había de otorgar por fuerza. En 29 de enero publicó súbitamente las bases de una constitución común para Nápoles y Sicilia, en 10 de febrero la promulgó y el 24 del mismo mes la juró solemnemente. Formóse el nuevo ministerio, en el cual entraron dos liberales, Bozzelli y Poerio. El júbilo de los napolitanos por haber conseguido la libertad constitucional, tan anhelada, y el orgullo de ser el primer pueblo que en Italia había realizado tan preciosa conquista, no conocieron límites; pero esta victoria precipitada fué puramente nominal, porque nada se hizo para realizar sus beneficios en la práctica ni menos se satisfizo á los sicilianos, porque la revolución prescindió de los fueros particulares de la isla, y lo que peor era, precipitó á los demás gobiernos italianos fuera del camino de las reformas prudentes, estableciéndose una especie de rivalidad sobre quién haría mas prontas y mayores concesiones para evitar catástrofes. El 8 de febrero Carlos Alberto, á consecuencia de una petición del consejo municipal de Turin, publicó también las bases de una constitución, el 11 prometió hacer lo mismo el gran duque de Toscana, y el 12, imperando ya en Roma el pueblo, tanto que el héroe popular, el tahonero Angel Brunetti, alias *Ciceronaccio*, hubo de tomar al papa bajo su protección, nombró Pio IX un ministerio compuesto en su mayor parte de seculares y hasta se habló de una constitución para los Estados pontificios.

No se dormían, sin embargo, los enemigos de la libertad. El gobierno austriaco reforzó sus guarniciones en la Lombardia; el gobernador general de esta provincia, el feld-marschal Radetzky, militar tan enérgico como sagaz y activo no obstante sus 82 años, hizo saber en una orden del día que estaba preparado á rechazar todo ataque, ya viniese del interior ya de fuera, y el 22 de febrero decretó el estado de sitio. En Venecia fueron presos los literatos Manin y Tommaseo, jefes del partido nacional. El gobierno francés, por su parte, tenía preparada en Tolon una división de siete mil hombres, á punto de embarcarse al primer aviso, y en 7 de febrero escribió Guizot al canciller de Austria que la Francia vigilaba estrechamente al rey de Cerdeña; que estaba dispuesta, además, á ponerse de acuerdo con las demás potencias continentales para la conservación de la división territorial política de Italia; que una vez puestas de acuerdo, se invitara á la Inglaterra á asociarse á la coalición; y que su mayor deseo era ver robustecida la posición del Austria en la Lombardia y en Venecia sin hacer concesiones de ninguna clase.

La ocasión no podía presentarse, en realidad, á los ojos de Luis Felipe y de su ministro mas propicia para aislar á la Inglaterra y devolverle la humillación por que había hecho pasar á la Francia en el año 1840, porque la coalición de las potencias continentales podía darse por hecha, tanto que el mismo rey de Prusia Federico Guillermo IV, furioso por los sucesos de Suiza y el ningún respeto con que el consejo federal había tratado al canton de Neuchatel y á los súbditos fieles de S. M. prusiana, había enviado, en el mes de enero de 1848, á su confidente Radowitz á Paris para concertar con aquel gobierno y el de Austria una intervención armada en Suiza. El 15 de marzo se celebró la conferencia, y el 24, el ministro ruso, Nesselrode, al ver que la coalición se formalizaba, redactó una nota dirigida al gobierno inglés, en que se quejaba en términos violentísimos del «benévolo

protector de toda empresa revolucionaria que tendiera á introducir instituciones representativas en Italia.» Pero el mismo día en que el estadista ruso firmaba esta nota en San Petersburgo, era derribado en Paris el trono de Luis Felipe.

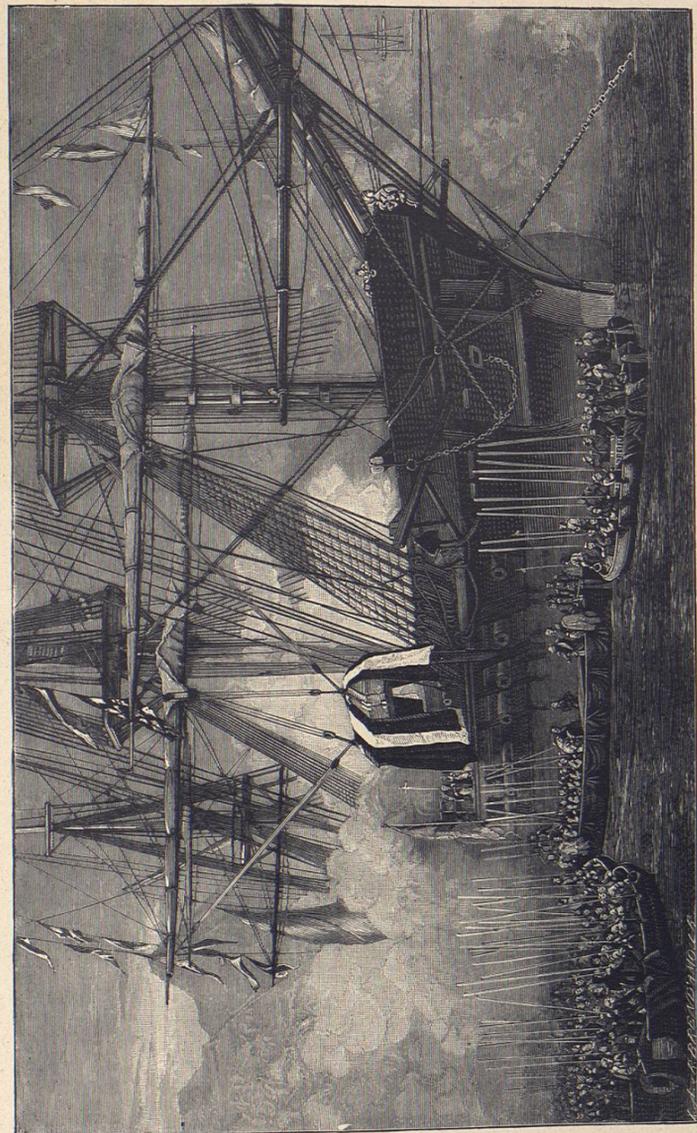
CAPITULO V

FIN DE LA MONARQUIA DE JULIO

En un discurso que Lamartine pronunció con motivo de las bodas reales de Madrid en la cámara de diputados, dijo: «Desde aquel día, ha tenido que ser la Francia todo lo que está mas reñido con su índole y con sus tradiciones: anti-papal en Roma, papista en Berna, austriaca en el Piamonte, rusa en Cracovia, francesa en ninguna parte y anti-revolucionaria en todas.» Las ideas liberales exhibidas por Luis Felipe en 1830 habían sido solo aparentes, y corriendo los años se había ido apartando de ellas por completo. Había consentido, en 1840, en la traslación de los restos de Napoleón desde la isla de Santa Elena á Paris, á propuesta de Thiers, y lo había hecho solamente, según dijo, para desviar la atención de la Francia liberal de un terreno arriesgado á otro menos peligroso; y la cámara había votado con el mayor entusiasmo los gastos de la expedición, para cumplir la última voluntad del emperador expresada en estos términos: «Deseo que mis cenizas descansen á orillas del Sena, entre ese pueblo francés á quien tanto he amado.» El gobierno inglés había dado su consentimiento sin dificultad, y aquel mismo año se verificó la expedición, á las órdenes del príncipe de Joinville, que se llevó para mayor solemnidad á cuatro antiguos compañeros de armas y de destierro del emperador. Nadie sospechó entonces que hubiese quien trabajaba para recibir en lugar de Luis Felipe los restos del emperador y resucitar el imperio.

El príncipe Luis Napoleón desde su expulsión de Suiza había vivido en Londres, empleando su tiempo entre las diversiones de la alta aristocracia y los estudios políticos, cuyo fruto acababa por entonces de dar á luz con el título de: *Ideas napoleónicas*. Lleno de fe en la buena estrella de su familia, no le cabía duda de que estaba destinado á restablecer el trono imperial y á llevar á cabo la obra no concluida de su tío, á saber, la formación de un imperio cimentado sobre las ideas democráticas. En este deseo le confirmó el culto napoleónico que desde Francia invadió hasta los países que mas motivos tenían para execrar al difunto emperador, y le pareció que bastaría presentarse en Francia con su bandera desplegada para llevarse todos los sufragios. El gobierno de Luis Felipe tenía noticia de todo ya en el mes de mayo de 1840, é hizo vigilar al príncipe por sus agentes, y hasta se cree que Thiers, para tener el placer y la gloria de desbaratar la intentona, apresuró su ejecución. En 6 de agosto embarcóse el príncipe con sesenta compañeros aproximadamente en Gravesend y desembarcó cerca de Wimereux en la costa francesa, llevando impresas millares de proclamas y no pocos decretos en los cuales declaraba destituida la familia de Orleans, disolvía el parlamento y convocaba un congreso nacional. También llevaba consigo una águila viva para hacerla volar á su llegada, capricho que motivó tantas pullas sangrientas (1). La comitiva hizo prisioneros á los carabineros del punto donde desembarcó, y en seguida se dirigió á Boulogne, donde fué recibida con el grito de: «¡Viva el emperador!» por el regimiento número 42, formado allí por orden de un jefe iniciado en la conspiración. Sin embargo,

(1) El conde de Orsi, que figuró en la expedición, dijo despues que el príncipe ignoraba que entre el bagaje hubiese una águila. Véase el periódico inglés: *Fraser's Magazine*, del mes de agosto de 1879.



Embarque de los restos mortales de Napoleón I á bordo de la fragata *La Belle Poule*